NECROMÁNTICO

GABRIELA BOLAÑOS CACHO GASCA

Capítulo 1

Después de varios años, sumergido en esta abrumante oscuridad que es mi vida, el corazón continúa acoquinándose y las perversas ideas corren como ánimas por mi mente y sangre.

El saber que las puedo palpar… aunque mi blandengue cuerpo en ciertas circunstancias se retracta en un mero acto pusilánime ante los crímenes más atroces y degradantes de mi viciado cerebro. En resumen, soy un masoquista desequilibrado, embeleñado en un mundo fascinante, prohibido… sobre la cúspide del egoísmo sádico.

Pero me deleita, porque es mi sarcófago y en sus brazos he de morir del modo que ella escoja. Recuerdo una noche en particular que no era negra, sino azul cual falsa ilusión; pasé mirándola, sintiéndola, oliéndola y a partir de ahí estas siempre fueron azules a pesar de que mi vida fuese negra con sabor a veneno y me consumiera creyendo que realmente preservaban su característica tonalidad igual que yo. Creía que compartíamos un mismo sentido y sin más me decepcioné, éramos completamente distintos: ella azul y yo opaco.

Aquí empieza esta pobre historia, de un loco queriendo saciar su sed con base en monstruosidades. En mi árida morada, las ventanas están cerradas con candados que ha ingeniado mi subconsciente. Salvaguardando la mente activa pensé en que ocuparme pues ya había leído cada libro existente en mi biblioteca; dejé discurrir tres tediosas horas en el reloj de péndulo cuando marcó el momento exacto en la que mi leal sirviente Mortimer preparaba la cena como de costumbre, sin ninguna ruptura rutinaria.

Conocía el menú de memoria, e inapetente cavilaba oteando las cuatro paredes de mi dormitorio, que la semana anterior fue demasiado larga pero hoy la noche se pintaba de un mágico esplendor mortecino que hasta las ramas de los estériles y señeros árboles que circunscribían cual centinelas mi fúnebre hogar, no se distinguían por una plúmbea neblina.

Afuera, a lo largo y ancho del meandro se producía un mutismo que ni el grillar de dichos insectos lograba escucharse en la aparente ataraxia nocturna.

Merodeé por los corredores tan acrisolados que permanecían idénticos desde que mis padres fallecieron, inclusive a la fecha son escasas mis ganas de retirar las aglutinadas telarañas en los rincones del salón principal, que a mi retorcido juicio le otorgan un aspecto platinado y sobrecogedor. Desfilé hacia el comedor, una analogía a un tribunal o una sala de torturas que sé yo; para ser más específico era una mesa extensa cubierta con un mantel blanco colgante similar a un sudario, mientras la

lívida cena aguardaba a ser deglutida por mi esquelética complexión.

Al sentarme y probar alimento del cual me encontraba hastiado tras su insipidez, decidí compadecerme del noble y gastado Mortimer; un hombrecillo que durante mi niñez y actual juventud se había esmerado en mantener a este cadáver ambulante con la raquítica herencia de mi progenitor.

Soy un retraído social en esta prisión llamada "hogar", realizando tareas anacrónicas, simple y sencilla aclaración. Y sin embargo permanezco alejado de todo, huyendo del ser autoproclamado hombre, aun teniendo en cuenta que soy un mortal ermitaño de mediana edad. Acabando de cenar, salí a dar un garbeo al jardín trasero, repleto de entenebrecida naturaleza muerta. Mi última rosa se marchitó el mes pasado y las demás siquiera han vuelto a florecer, mucho menos el cactus de ese infructuoso invernadero.

Recorriendo este reducido espacio donde se advierte la esencia de la muerte que sigue mi rastro desde mi infancia y aun siendo fuerte, en sueños la he visto en un remanso pacífico anti gravitatorio, la he tomado de las manos, la he escuchado con la mirada y ha sido mi estático huésped.

Vivo con ella, trasnocho a su lado y mis pesadillas se tornan en auténticas experiencias. Soñar es vivir y yo coexisto gracias a estas, cuando no duermo mis macilentos ojos de lechuza resaltan en las tinieblas de mi habitación. Entonces me percato que día a día muero al observar los segundos evaporándose en la atmósfera.

Pero en fin, el sufrido narrador también servidor suyo empezó a ahondar en cien de los pensamientos más bestiales y espantosos que ningún otro joven de mi edad hubiese podido fraguar.

A la mañana siguiente le solicité al querido Mortimer bajar una desvencijada pala del polvoriento desván, él por su expresión facial se estaría cuestionando si acaso yo, el señor de la casa había perdido la razón. Eso quizás era verdad pero tenía pleno conocimiento de lo que hacía y mi sirviente iba a ayudarme o a convertirse en la próxima e infortunada víctima de mis torcidos actos.

Iba a esperar que el cénit fuese engullido para abrirle paso a una hipnótica luna llena, dado que en octubre se apreciaban las más atrayentes en general. El área despejada lucía un macabro resplandor y yo en mi desesperación y carcomido por mis ansias, opté por sacar el automóvil del sucio garaje, cuya imagen proyectaba ciertas remembranzas del inesperado y trágico deceso de mis padres.

Dicho vehículo logró ser remozado, estoy de acuerdo, pero para mí persistía como la carroza funeraria más escalofriante del mundo. Pues bien, su servidor impulsado debido a sus desenfrenadas inquietudes, se dirigió a un sitio temido y repleto de supersticiones risibles: el cementerio, donde inevitablemente mí trastornada mentecilla deseaba divertirse sin detenimientos.

Repentinamente me atacó la insatisfacción de experimentar la muerte y las interrogantes de ¿Si podía tocarla de nuevo? ¿Si definía correctamente la palabra?

Mortimer paralizado ante mi locura crónica venusina, se quedó como espectador de un desértico cenotafio. Cavé y cavé hasta topar con algo rígido: el féretro. Requería asistencia de mi sirviente, el cual aterrorizado sacudía sus extremidades espasmódicamente y se vio obligado a sacarlo a la superficie. Por supuesto que al no ser una condición agradable, no accedió a abrirlo.

Consiguientemente, reculó a su anterior posición soló para guardar silencio y limpiarse con un pañuelo las gotas de sudor que le perlaban la frente por el esfuerzo sobrehumano, mientras yo profanaba ese sepulcro. Acudió a mí la duda de qué hallaría ahí dentro sobre todo por la apariencia del ataúd dado que se figuraba reciente el entierro. Con mucho ahínco levanté la terregosa tapa y ¡Oh sorpresa! Había una joven recién fallecida, tal vez de ayer eso lo deduje por su rictus, puesto que sus labios eran de un color rojo granate y su palidez lunar alumbraba mi siniestro hecho.

Mortimer no daba crédito a mi descabellado disparate, pero tomé al cuerpo en brazos, llevándolo directamente a casa con o sin su aprobación. A nuestro retorno la coloqué en el sótano, allí la examiné y construí una hipótesis de como la muerte paso por su dulce existir.

¿Quién diría que acabaría coleccionándola a raíz de tanto desvarío? A veces no me daba abasto profanando decenas de criptas, yendo de necrópolis en necrópolis ya que descubría a mi paso hermosuras necróticas en demasía. Regularmente atesoraba mujeres de todos los estatus sociales (prostitutas, damas de alta alcurnia o pueblerinas); constantemente jóvenes acreedoras de derrochante belleza con una decadencia fresca e impoluta.

Así se perdiera el color en mi sótano, yo lo contenía con objetos artificiosos, inmortalizándolas a ellas lo más maravillosamente posible en el interior de ostentosos cajones mortuorios. La muerte expresada como una representación estética era…arte. No escatimaba gastos en ellas, compañeras mías con las que fui desafortunado en no haberlas conocido mientras vivían. Entretanto las tendría una eternidad para tratarlas en mi

introspección.

Soñaba que establecíamos una especie de correspondencia biunívoca, una por cada día con el fin de que el resto no se encelara. ¡Ah! capturar el tiempo inexistente para mí, crear un universo perfecto para ellas y colmarlas de cualquier carencia que hubiesen tenido al igual que yo. Devinieron los años y me olvidé de la casa, el viejo Mortimer, hasta de mi arreglo personal. Retomando el tema de mi sirviente, sucede que sin percatarme había enfermado dado que el tiempo que ininterrumpió su curso lo melló despiadadamente.

Ya ni mencionar la casa, pues cerca de mi encierro perpetuo en el sótano, al salir di con las escaleras que al dar un paso encima del primer peldaño éste se desmoronó; sinceramente resultaba mejor para ambos, por lo que nos limitamos a deambular sólo en la planta baja y el sótano.

En noviembre de ese mismo año, efectué otro hallazgo: una preciosidad rozagante de corazón latente la cual me sedujo con sus naturales encantos, su luz complaciente y ojos intemperantes que aspiraban devorarme de pies a cabeza.

Eran inacabables las horas cuando su beso aterrizaba en mi mejilla y no entendía, intentaba comprender su figura junto a la mía, la paz interior que sentía. Ojalá me hubiese dejado ver sus sentimientos, que me los hubiese entregado para acumularlos. Quería que me soñara soñándola; que me tuviese presente como yo la tenía. Empero al estar habituado a mi oscuro e inmóvil submundo la rechacé, ahora no sé si arrepentirme o festejar, no sé si buscarla o abandonar definitivamente esa bizarra utopía que me era desconocida: la normalidad.

Aquella mujer cayó en el olvido, ya que no concordó con mis principios y regresé con ellas al sótano, pidiéndoles perdón por aquél desliz. Concluí que en mi penosa e infausta madurez por puro placer mío, sustraía sus horas supremas, sin importarme que haya soltado el trauma de mi niñez y mi adolescencia, aquella en la que solía ser invencible, procurando vivir todo en un segundo, recorrer todos los caminos a la vez y poder jactarme de que era el rey.

Prontamente, se esparció el hedor de los cadáveres putrefactos, los cuales saqueé de incontables sepulturas; ahora estos yacían contiguos al finado Mortimer que aparte de haberme servido se unía silente a mi frenesí. Y así terminó la vida de su vesánico narrador que esperanzado en atrapar a la muerte por muchos años, detenerla en sus ajadas manos, dominarla y definirla; al apagar las luces, me poseyera tras todos esos intentos que frecuentemente fracasaban.